

Paraísos perdidos

Seudónimo: Patricia Galván

Papá era militar y siempre regresaba a casa en tren días antes de la Navidad. El tren era una antediluviana locomotora de afectados mohines que se colaba en la estación observándonos con un rostro distante, hosco, aunque sereno, asumiendo su propio declive. El tren, como papá, reflejaba un cansancio místico, como si también él viniera de la guerra, como si anduviera entretenido en otras épocas en las que hubiese conocido mejores rutas y mejores gentes. El tren, en definitiva, era un cascajo deslucido por los años y el uso que esperaba el momento de su jubilación.

Las tres íbamos a esperarle con nuestros mejores vestidos a la estación del tren, un lugar frío y solitario a las afueras del pueblo, un lugar que albergaba nuestras firmes esperanzas de reencontrarnos con papá. Mamá no nos acompañaba. Prefería quedarse en casa ultimando los preparativos para recibir a papá con todos los honores que se merecía, especialmente la tarta de manzana que siempre la hacía a primera hora de la mañana para que cuando papá la comiera aún estuviera caliente. La responsabilidad de cuidar de Bego, la pequeña, y de mí recaía sobre mi hermana Elena, la mayor de las tres y que, además, decía poseer poderes paranormales. Ella nos aseguraba que si nuestro padre descendía del vagón con una amplia sonrisa eso significaba que ya se había acabado la guerra, si por el contrario llevaba una cara triste y alicaída, eso quería decir que habría matado a muchas personas sin ningún motivo y que la guerra seguiría. Mi hermana Bego, la pequeña, y yo la

observábamos absortas, como si sentara cátedra con sus afirmaciones. Además, mi hermana Elena ya iba al colegio de mayores y allí aprendía muchas cosas. Mi hermana Bego y yo todavía íbamos a parvulitos.

Mi hermana Elena contemplaba el mundo desde otra perspectiva. Ella vivía en otra dimensión. Al menos eso creíamos entonces. Y mientras la locomotora se agitaba como un gato mojado para librarse de los viajeros, nosotras nos incorporábamos de las banquetas como resortes y nos colocábamos siguiendo una rigurosa formación, desde la más grande hasta la más pequeña, para que papá comprobara los cambios habidos en nuestros físicos; sin embargo mi hermana Bego y yo rompíamos esta formación castrense en cuanto le veíamos descender del vagón.

Papá siempre tenía el semblante triste, serio, pero yo no quería creer las conjeturas de mi hermana y pensaba que sólo era el reflejo del cansancio después de un largo viaje. Corríamos a abrazarle con la ligereza de pequeñas musarañas mientras Elena se quedaba en su sitio impasible, hierática; desde su particular solio de superioridad observaba la escena, esperando que papá se acercara a ella. Bego y yo nos enredábamos entre las piernas y brazos de papá, que hacía un gran esfuerzo para abarcarnos. Luego, sin perder su porte elegante y esbelto, se acercaba hasta Elena, se cruzaban una mirada de indiferencia y era papá quien, a continuación, rompía la tensión del momento acercándose a ella y preguntándole si acaso no le iba a besar y a abrazar como sus hermanas. Seguidamente mi hermana Elena realizaba un esfuerzo terrible para traicionar a su carácter hurraño y se hacía querer.

-Sabes que mamá te quiere mucho, ¿verdad? -disparaba mi hermana a bocajarro. Bego y yo no entendíamos nada.

-Claro, hija, igual que yo a ella -respondía papá esbozando una amplia sonrisa. Y avanzábamos por el andén bajo la mirada entrometida de un tren que parecía avergonzado de tener que observar tanta cursilería.

No lo he dicho antes, pero papá siempre llegaba con el último tren de la noche, cuando la noche empezaba a extender su negro manto por toda la comarca. A pesar de que a las afueras de la estación esperaban ordenadamente los taxistas deseosos de hacer una buena carrera para irse pronto a casa a dormir, Bego y yo insistíamos a papá para ir andando hasta casa con las maletas. Pero cuando intentábamos cogerlas nunca podíamos con ellas y debíamos claudicar finalmente en nuestro intento. Acabábamos cogiendo un taxi. Papá se sentaba en el asiento del copiloto, junto al conductor, y Elena, ajena al bullicio que armábamos Bego y yo, se sentaba detrás del conductor. Durante el trayecto papá nos preguntaba por mamá, por los estudios, por nuestros novios. Bego y yo nos pisoteábamos las palabras para responderle lo antes posible. Elena, ajena al mundo, miraba por la ventana.

-Y tú, Elena, ¿te has echado ya novio? -le preguntaba papá intentando ganarse su simpatía, pero lo único que conseguía en el mejor de los casos era una mueca de indiferencia.

Papá no insistía. Seguramente pensaba que estaba en una edad muy complicada. Había que tener paciencia con ella. Entonces le decíamos a papá que Elena tenía poderes sobrenaturales y él fingía una cara de asombro incapaz de disimular la total incredulidad hacia aquella faceta desarrollada por su hija mayor. No obstante, papá siempre le hacía alguna pregunta relacionada con aquel don, pero Elena seguía indiferente mirando por la ventana. El taxista solía sonreír y, dependiendo del que fuera, se entrometía en la conversación o no. Pasados entonces los instantes de gloria desaprovechados por Elena,

Bego y yo nos lanzábamos en picado sobre papá y le avasallábamos a preguntas y entonces era cuando nos enterábamos de algunos detalles de sus viajes, de las novedades en el frente, de las ciudades que visitaba y de los paraísos perdidos que en ellas encontraba. Siempre prometía llevarnos a aquellos sitios cuando cambiaran los tiempos, pero los tiempos cambiaron, nosotras nos hicimos mujeres y nunca nos llevó a aquellos lugares remotos y singulares. Todo parecía estar marcado con un bonito color rosa. Pero una guerra nunca es de color rosa. Ahora entiendo que papá mentía y que no hacía falta tener poderes sobrenaturales para comprenderlo, pero entonces yo sólo era una niña que tenía idealizada la figura de un padre que sólo veía unos pocos días al año. Después de varios regresos supe que había que permanecer atenta a las cosas que papá nos contara durante el trayecto en taxi porque, cuando llegaba a casa, el resto del permiso ya no volvía a hacer comentario alguno que guardara relación directa con su labor desempeñada en territorio bélico, como si hubiera firmado un acuerdo tácito con un ente superior por el que se comprometía a guardar un riguroso silencio. Cuando llegaba a casa, mamá se abrazaba a él y, aunque ella no lo reconociera, siempre lloraba sobre sus hombros. Papá devoraba la tarta de manzana como si llevara días enteros sin comer. Nunca se daba cuenta de que mamá se maquillaba para la ocasión y bajo su mandil, que se quitaba cuando papá ya había terminado de cenar, iba vestida de domingo.

Aquella noche ya no daba para mucho más porque, apenas había terminado de comer papá su tarta de manzana, mamá pronto nos mandaba a la cama. Nos decía que tenía muchas cosas que hablar con papá y Bego y yo le preguntábamos por esas cosas, pero mamá nos acariciaba la nuca y nos decía que ya entenderíamos a su debido tiempo qué cosas eran las que tenían que hablar después de varios meses sin verse dos personas adultas. Bego y yo nos íbamos a la cama sin rechistar y Elena, sin embargo, decía que quería ver la

televisión un rato más, pero mamá apagaba el televisor y las tres debíamos irnos al dormitorio.

-Mamá quiere hacer el amor a papá, pero él a ella no -nos decía Elena al oído, secreta y taimadamente, como si no pudieran enterarse las paredes de lo que nos decía. Al pronunciar esta frase parecía estar enunciando una de sus profecías. Entonces Bego y yo, dominadas por la intriga, le preguntábamos qué significaba lo que nos decía, pero ella se reía burlonamente y sólo nos contestaba que eran cosas que no podíamos entender porque todavía éramos demasiado pequeñas, pero que algún día cuando fuéramos mayores las entenderíamos. Yo aquella noche no podía conciliar el sueño pensando en la frase de Elena e imaginando cómo serían los paraísos perdidos de los que me hablaba papá.

Al día siguiente, Bego y yo no nos separábamos de él e intentábamos que descubriera, si no todos, sí al menos los cambios más significativos introducidos por mamá durante su ausencia. Cuando estábamos ante un cuadro nuevo que mamá había colgado en un punto estratégico de casa o un jarrón nuevo que había puesto sobre un armario, yo cruzaba los dedos y contenía la respiración quedando a la espera de que papá se diera cuenta de la diferencia e hiciera así feliz a mamá, pero él nunca se daba cuenta de nada. Entonces pensaba que era un despistado. Hoy pienso que no apreciaba el tiempo que mamá dedicaba a crear un ambiente familiar en casa durante su destierro voluntario. Quizá, si en algún momento dado, descubría algún cambio, sólo tenía palabras de reproche o de amonestación para mamá por el gasto excesivo, ya que él quería inculcar a sus hijas un hábito de austeridad para que supieran en el futuro qué era la vida en realidad. Entonces yo observaba cómo mi padre incurría en una contradicción al hablarnos de lo idílico de los paraísos perdidos y, por otra parte, de la austeridad, una palabra que no sabía lo que significaba, pero que estaba convencida de que sería algo negativo. Mamá, antes de darse

por vencida, le refería lo bien que íbamos en los estudios. Se apresuraba a mostrar a papá las excelentes calificaciones obtenidas, pero papá torcía el gesto y decía que aquello sólo era papel mojado, que cuando fuéramos a la universidad y encontrásemos un buen trabajo vería lo inteligente que éramos. Entonces mamá le decía que no debía ser tan duro con nosotras, pero él no quitaba ojo a las facturas del agua, la luz y el teléfono que mamá le había presentado. Siempre encontraba algún pero, especialmente al revisar la factura del teléfono: siempre había algún teléfono que decía desconocer y mamá le tenía que dar información puntual de quién era. Solventados estos pequeños problemas de logística con la llamada al número en cuestión para cerciorarse de que mamá no mentía, papá volvía a sonreír.

Para Bego y para mí y, por supuesto, para mamá, aquellos días eran los más felices del año. Imagino que debía ser enternecedor vernos a los cinco yendo a la parroquia a misa de doce como tantas otras familias o yendo al campo a pasar el día y desarrollando las funciones típicas de una familia feliz. Recuerdo que entre mamá, Bego y yo nos disputábamos el honor de ser la que más tiempo pasaba con papá. Elena estaba en su mundo, desarrollando incomprensibles leyes sobre el bien y el mal, absorta en pensamientos ilógicos que creía ella le hacían estar por encima de todos.

-Papá esconde algo -nos decía a menudo, intentando crear en nosotras una antipatía hacia papá. Yo estaba convencida de que lo hacía a propósito porque a ella era a la que más había regañado por ser la mayor y por ser la primera hija a la que quería inculcar unos recios valores para moverse por la vida.

Las tres urdíamos planes secretos durante la noche para al día siguiente acaparar la mayor atención posible de papá, quien se relamía de gusto de ver cómo era el objeto de nuestras disputas y rencillas. Además, él estaba tan contento porque en el pueblo no tenía

amigos y prefería quedarse en casa, disfrutar de su familia. Eso creía yo entonces. La realidad era muy distinta: no quería estar en el epicentro de la rumorología popular, no quería que le vieran, no quería que fueran objeto de comentario los cambios habidos en su físico durante su ausencia. Ese derecho era exclusivo de la familia. Mamá casi siempre era la vencedora. Ella sabía cómo ganarse su atención, vaya que si lo sabía; nos daba miles de vueltas a Bego y a mí. De todas formas, hoy pienso que ella se valía de unas armas muy diferentes a las nuestras. Estábamos en clara desventaja, aunque a Elena le seguía dando absolutamente igual todo lo que sucedía en casa.

-Papá es un cínico, un mentiroso, un impostor -era otra de las frases de mi hermana Elena para crear un ambiente de malestar. Yo a veces le preguntaba por qué tenía tanta ojeriza a papá y por qué decía esas cosas malas de él, porque una cosa era tener poderes sobrenaturales y adivinar el futuro, tanto cosas buenas como malas, y otra era ensañarse con papá sin motivos aparentes, al menos sin razones que quisiera explicar, razones que se llevó con ella a la tumba; siempre fue muy introvertida.

Cuando quería darme cuenta, mamá ya había vuelto a acaparar la atención de papá haciendo un glosario de las numerosas cruces con las que tenía que cargar a diario, que si la vida se la pasaba encerrada entre cuatro paredes, cuidando de sus hijas y soportando los rumores de las vecinas que presumían de tener a sus maridos para ellas todos los días del año; en resumidas cuentas, que estaba harta de que sus manos olieran a cebolla y a lejía en descuento.

Me gustaba especialmente observar a papá desde el umbral de la puerta del aseo, afeitándose con la maquinilla eléctrica que mamá le había regalado en unas Navidades pasadas.

No sé cómo serán las mujeres de otros militares porque nunca he conocido a una que no fuera mi madre, pero lo que siempre he tenido claro es que mamá hacía frente a las adversidades comportándose como un dios amigable y acogedor. Mamá tenía mucho carácter. Debía tenerlo para manejar las vidas de tres fierecillas indomables como nosotras tres. Tenía que enfrentarse a diario a múltiples pequeñas tareas que nos hicieran feliz nuestra niñez. Y todo esto se lo hacía ver a papá durante su estancia previa a los días de Navidad.

El día de Nochebuena era la jornada más feliz del año. Íbamos a casa de los abuelos a comer y a cenar. Aquella noche a papá ya se le empezaba a agriar el carácter. Siempre había algún plato que no era de su gusto. Y el día de Navidad era fatídico: siempre había una llamada anunciándole que tenía que hacer de nuevo las maletas para, antes de que finalizase el año, incorporarse al mando de su cuadrilla. Era el final de una ilusión, un cambio drástico que todas menos mi hermana Elena tardábamos varias semanas en superar. Nunca pasamos una Nochevieja en compañía de papá, ni tampoco unos Reyes. Pronto supe que no había más Reyes que los regalos que mamá nos hacía cuando íbamos al mercado días antes al mágico día de Reyes, ya entrados en el nuevo año.

Durante estos días previos a la Navidad, a papá le entraban unos inmensos deseos de supervisar todo, desde corregir constantemente nuestro comportamiento, hasta ponerse al día de los insignificantes y diarios gastos domésticos. Entonces papá siempre encontraba alguna cuenta que no cuadraba. Y llegaban las discusiones y las malas caras con mamá. La pareja se distanciaba. Ellos intentaban aparentar normalidad, hacer de la discreción su máxima, pero sabíamos que la relación entre papá y mamá estaba tirante porque apenas se dirigían la palabra y cuando lo hacían era para reprocharse algo.

-Papá está deseando irse de casa -decía Elena, indolente, como si aquellas palabras no fueran con ella, sin dejar de leer alguno de sus libros de esoterismo.

El día que finalmente debía marcharse era el más triste del año. Para ese día, papá y mamá ya habían arreglado sus diferencias, más por el interés que ponía en arreglar las cosas mamá que las que ponía él, aunque para entonces papá ya era un remanso de serenidad. A veces yo me preguntaba si acaso papá no sería más feliz en sus paraísos perdidos haciendo la guerra a personas a las que desconocía que estando en casa con su familia, pero era una pregunta que me callaba para mí pues creía que estaba envenenada por la malsana influencia de mi hermana Elena.

El triste día de la despedida no nos vestíamos de domingo. A papá le gustaba que fuéramos más informales. No le gustaba que destacásemos entre las otras personas que se acercaban a la estación del tren. Mamá se abrazaba a él y le hacía múltiples carantoñas, como si quisiera atrapar con sus muestras de cariño una parte de papá para que se quedara con ella.

Cuando el tren embocaba la salida de la estación, los ojos vidriosos de mamá no podían reprimir por más tiempo sus deseos de llorar y derramaba algunas lágrimas que no cesaban hasta que llegábamos a casa y comenzaba la rutina diaria. A veces la encontraba con la mirada perdida en el sillón vacío de papá y le preguntaba qué hacía.

-Pensar -me respondía ella-, pensar, hija, pensar.

Yo entonces no lo sabía, pero hoy que vivo con mi pareja y sé lo que se sufre durante las ausencias de la persona a la que amas, sé que mamá luchaba por no derrumbarse. Tenía que adoptar una felicidad postiza porque era Navidad y eran días para disfrutar y ser feliz. Los abuelos venían a casa para que los días no se volvieran insufribles. Entre comida y comida, mamá se iba curando las heridas que a veces supuraban cuando

Bego preguntaba por papá. Entonces mamá tenía que transformarse en un ser hermafrodita y realizar las funciones de padre y madre para mitigar el dolor que provocaba la ausencia de papá.

La Navidad de hace doce años papá no vino a casa. Nos envió una larga misiva en la que, con un tono austero y distante, nos explicaba las razones por las que no podía ir aquellas Navidades a casa. Fue la primera vez que escuché blasfemar a mamá, tan recatada y contenida como era, en contra de las malditas guerras. Lloró mucho y mi hermana Bego y yo, por solidaridad con nuestra madre, también. Elena, sin embargo, sonreía feliz al ver que se cumplía su predicción de que papá no quería volver a casa.

-Si alguien quiere volver a casa, no hay nada ni nadie que se lo pueda impedir.

A las Navidades siguientes, cuando pensábamos que papá entonces sí regresaría, recibimos otra carta en la que, una vez más, nos explicaba las razones por las que no podía abandonar el territorio de combate. Fue aquella Navidad cuando Elena cayó enferma.

-Estas fiebres tienen muy mala pinta -dijo el médico, certificando así su incapacidad para restablecer la salud perdida de mi hermana-. Deberían ingresarla en un hospital de la capital.

Pero el endeble cuerpo de mi hermana no resistió los embates del mal que padecía y el mismo día de fin de año se murió.

Papá vino al entierro. Se quedó tres días en casa. Pero yo no conocía a aquella persona. Era un ser distante que ya no me hablaba de los paraísos perdidos. No le vi sonreír ni una sola vez.

-Lo nuestro no puede seguir -escuché que le decía papá a mamá, con la oreja pegada a la pared. Mamá se puso a llorar. Yo también. Y despegué la oreja de la pared. No quise

volver a ver a papá; desde entonces, le asemejé a un monstruo horrible con una cara llena de cicatrices y de heridas que supuraban niños degollados.

Luego vinieron los tristes días del divorcio, la muerte de los abuelos y el cambio de casa. Con el dinero que consiguió mamá compró una casa en la capital. Estudié una carrera para asegurarme un porvenir seguro. Conocí a Eloy, un chico sonriente y cariñoso, muy inteligente y honrado, que se deshacía en atenciones conmigo y del que me enamoré la primera vez que le vi, aunque esto no se lo confesé hasta meses más tarde. Era un piloto de aviones destacado en el extranjero en misiones de ayuda humanitaria. No nos veíamos todo lo que deseábamos, pero con él volví a recuperar los paraísos perdidos que se desvanecieron con la huida de papá. Estábamos muy enamorados. Pronto nos fuimos a vivir a un piso de alquiler, aunque yo conviviera más tiempo con su recuerdo que con él. Las horas no parecían tener fin. Pero nos queríamos.

Durante su último permiso me pidió matrimonio. Le dije que sí. Me sentía la persona más dichosa del universo. Mamá y Bego también estaban encantadas con él. Eloy era una persona muy atenta que siempre tenía la palabra justa en el momento apropiado.

Estas Navidades pasadas, para celebrar la noticia de mi próximo enlace, mamá organizó una cena a la que estaban invitados los padres de Eloy. La idea era genial. Yo aún no conocía a su padre, quien al parecer siempre estaba viajando. Trabajaba como comercial para una importante firma de cosméticos. Era una persona muy ocupada, con múltiples compromisos laborales a los que atender. Siempre está viajando, hija, me decía con resignación su esposa. Yo la consolaba con palabras dulces y acariciando sus temblorosas manos. Espero que seáis muy felices, balbuceaba intentando esbozar una sonrisa, añorando una felicidad que a ella parecía haberle negado la vida.

Mamá y yo ultimábamos los preparativos de la cena cuando sonó el móvil de Eloy. Eran sus padres. Ya estaban de camino.

Mamá me apretaba la mano y yo, a su vez, transmitía aquella calidez a Eloy cuando llegaron sus padres. Junto a aquella mujer, que parecía esconder bajo su discreto maquillaje una resignación y una tristeza ineludibles, iba un señor altivo a quien pronto reconocí.

-¿Papá? -pregunté incrédula, sintiendo contra mi corazón desbocado el violento impacto de unos dardos envenenados de una pesadumbre infinita.

Aquel hombre fijó su mirada en el suelo y huyó de casa antes de que mamá emitiera un gemido lastimoso.

Me pregunté hacia qué paraíso perdido huiría aquel hombre.